

DETONACION INMINENTE



RAÚL
GARBANTES



Una llamada desesperada advierte a la Policía Metropolitana de Londres sobre la pronta explosión de una bomba. El aviso proviene de una profesora de escuela que realiza tareas humanitarias en la prisión de Woodhill. Uno de los presos con los que ella trabaja se atribuye la autoría del plan: Leonard Matheson, un psicópata con un complicado pasado militar, que está recluido en el pabellón de enfermos mentales. ¿Dónde tiene Matheson escondida la bomba? ¿Quiénes son sus cómplices? ¿Qué objetivos se ocultan detrás de este plan? El agente secreto Ernest Harris y su compañera Lynn, deberán resolver estos interrogantes y actuar rápidamente para rastrear el paradero de la bomba y desactivarla antes de que el tiempo se agote. Cada minuto que pasa aumenta la tensión en esta fabulosa novela de Raúl Garbantes, que nos atrapa en una trama llena de intrigas, misterio y suspenso.

DETONACIÓN INMINENTE

Raúl Garbantes

Prólogo

Londres, 1982

De espacio reducido y repleto de gente, el *pub* era perfecto para mezclarse entre las personas y conseguir socializar. Si tenían suerte podrían ligarse alguna chica, por el simple hecho de vestir uniformes. Debían aprovechar su uso, en tanto los estrenaban por primera vez fuera del cuartel. En el peor escenario posible, al menos conseguirían emborracharse hasta que dejara de importar todo lo demás. Al entrar les costó llegar a la barra y hacerse escuchar para ordenar dos tarros de cerveza repletos. Este era el tercer *pub* que visitaban, cumpliendo firmemente el propósito de experimentar una noche de juerga en Londres. Tardaron al menos cinco minutos en ser servidos y, finalmente, con las cervezas ordenadas en sus manos avanzaron hasta el fondo del *pub*, evitando los espacios donde se agrupaba mucha gente. Se apostaron en una esquina medianamente solitaria, observando a las personas que al igual que ellos disfrutaban de la noche y sus múltiples promesas. El alcohol bebido hasta ahora ya ha hecho su efecto en Craig Davies, según observa su compañero Leonard Matheson, al comprobar su efusividad. Era la primera vez que lo veía tan feliz y animado, aunque anteriormente no había convivido con él en una situación no delimitada por los espacios de la Royal Navy.

—Esto es solo el comienzo —dijo Craig entusiasmado tras beber el primer sorbo de la cerveza espumosa—. Por primera vez estamos siendo considerados para hacer algo

importante, ¿te das cuenta? Haremos historia. ¿No sientes orgullo?

El rostro de Leonard era impasible y su mirada, fría. Hasta el momento el alcohol parecía no tener mucha influencia sobre su comportamiento, porque seguía siendo el mismo: huraño y poco conversador.

—No creo que nuestra contribución a la historia vaya a durar mucho —dijo Leonard tras un largo silencio en el cual miraba fijamente su tarro de cerveza sin beberlo—. En cualquier momento nos dan una patada y nada de esto habrá ocurrido.

—¿Por qué eres tan pesimista? —acusó Craig con desdén—. Realmente creen en nosotros y en la contribución que podríamos hacer para el futuro. Hasta nos han dado una semana de permiso con gastos que corren por su cuenta. Quieren mantenernos contentos para que no desertemos.

—Quizá tú seas excesivamente optimista —concluyó Leonard—. Ojalá pudiera serlo. Pero limitémonos a disfrutar esta semana sin hablar del cuartel. Ya nos ocuparemos del futuro y de la historia cuando suceda.

Leonardo ya lo había aceptado en su interior, aunque Craig seguía renuente a creerlo a pesar de las evidencias que no dejaban lugar a dudas. Una semana de permiso parecía una recompensa temprana para quienes todavía no habían hecho nada notable para ganársela. No solo no habían hecho nada, sino que las pruebas realizadas hasta el momento no consiguieron resultados positivos. Ninguno de los sujetos parecía hechos para la guerra ni los rigores de la misma en materia de obediencia, orden y disciplina. No bastaba que la violencia definiera sus naturalezas. No bastaba que pudieran matar sin remordimientos, tal y como algunos perfiles psicológicos apuntaban. Simplemente no nacieron para ser soldados, aunque se convencieran de lo contrario. Su esperanza estaba puesta en que logran encajar en aquel «programa secreto» creado para intentar

darles una utilidad, ya que de otro modo no habría lugar para ellos en el hostil mundo que los rechazaba.

Antes de salir del cuartel Leonard había visto a buena parte de los oficiales caminando de un lado a otro, con rostros preocupados y evitando hablar entre ellos, como si supieran algo que no era necesario mencionar directamente. Incluso vio cuando el director del Programa abordaba un coche llevando consigo una maleta. A Leonard le dio la impresión de que era la imagen de alguien que abandonaba un lugar y lo dejaba a su suerte, aunque probablemente Craig dijera que él también estaría aprovechando la semana de permiso. Por eso mismo Leonard prefirió reservarse esa información. ¿De qué serviría hacer que su compañero tuviera las mismas preocupaciones que él? Tampoco soportaría que contradijeran sus hipótesis con afirmaciones optimistas. Toda sensación de seguridad o de desespero se resumía a la perspectiva con la que juzgaras lo que tus ojos veían. El significado de esa visión nunca era igual entre dos personas observando la misma cosa. Pese a esto, Leonard solía ser muy asertivo en sus percepciones. Él pensaba que cuando esperabas lo peor de los demás nunca te sentías decepcionado.

—Creo que aquellas mujeres nos están observando — señaló Craig sacando a Leonard de su ensimismamiento—. Son muy guapas. ¿Deberíamos invitarlas a que se nos unan?

Leonard les echó un vistazo a las mujeres a las cuales se refería su compañero. Craig no fallaba en su apreciación: eran sumamente atractivas. A Leonard le llamó la atención en especial la que era rubia y con labios carnosos. Pudo notar que ambas lo miraban a él en lugar de a Craig, pero tuvo la consideración de no señalarlo. Era una situación común en su caso. Leonard siempre tuvo suerte para atraer la atención de las mujeres sin necesidad de esforzarse. Su apariencia contribuía en buena medida a despertar el interés: alto, musculoso y con unos ojos azules de mirada enig-

mática. Las facciones de su rostro eran toscas, pero esto le otorgaba un aire viril que resultaba seductor. Sin embargo, era su aura misteriosa y solitaria la que conseguía que esa primera impresión se transformara luego en un profundo interés. Su presencia era magnética, sobre todo con el sexo opuesto. No había mujer con la que no se produjera una química sexual inmediata. Las mujeres querían descifrar a ese hombre de pocas palabras que parecía ocultar muy bien sus sentimientos, como si no los tuviera. Al morder el sebo se sentían inspiradas a convertirse en aquellas que lo ayudarían a «sentir algo» para ser las únicas dignas de afirmar que lograron descifrarlo.

Craig, en cambio, era un hombre de apariencia ordinaria. De contextura mediana y aspecto simpático, no representaba ningún tipo de desafío para ninguna mujer; sino más bien como un comodín de última oportunidad, una alternativa decente, en el caso de que los mejores hombres ya hubieran sido tomados. La mejor opción cuando solo quedarán malas alternativas. No obstante, esta apariencia era engañosa porque Craig era un hombre de mal temperamento cuando se enojaba y con tendencia a los vicios. Era mucho menos tranquilo y dócil de lo que aparentaba a primera vista.

—Me parece una buena idea, cadete Davies —dijo Leonard en un tono bromista que tomó a Craig por sorpresa—. Lo mejor que has propuesto hasta ahora. Pero te advierto que yo me quedo con la rubia.

Sin oponerse a su condición, Craig asintió. Desde que conoció a Leonard en el cuartel le gustó la idea de despertar su simpatía. Y aunque la rubia también había llamado su atención, no le importaba cedérsela con tal de garantizar que Leonard lo considerara un amigo, pese a ser el tipo de hombre que difícilmente los tenía. De cualquier manera, la otra chica también era atractiva y Craig no había tenido sexo con nadie desde que iniciaran las pruebas con la Royal Navy. Se trataba de una mujer de cabello castaño, menuda

y de actitud más tímida comparada con su amiga. Por supuesto, a pesar de que no lo reconocería en voz alta, Craig era consciente que entre ellos dos, Leonard podía darse el lujo de elegir a la mujer que quisiera y no quedarse con la opción restante.

Craig no perdió tiempo y les hizo una seña para que se acercaran hasta ellos. Mientras tanto Leonard les lanzaba una mirada fija y sin parpadear, lo cual resultaba provocador para ambas, tentadas a reducir las distancias y conocerlo. La rubia notó que era ella en quien Leonard enfocaba su mirada seductora a medida que se acercaban. Por lo cual resolvió adelantarse a su amiga y llegar primero para presentarse extendiéndole la mano. Leonard la sujetó y la atrajo hasta él en un gesto que la tomó por sorpresa:

—No estés tan lejos de mí —dijo Leonard explicando su gesto con picardía—. ¿Qué tipo de bebida quieres? Yo invito.

A Craig le resultó novedoso ver a Leonard comportándose con tanto aplomo a la hora de coquetear con una mujer. Era la primera vez que atestiguaba su personalidad en una situación de cortejo. Ahora era una persona completamente distinta en el ámbito de la seducción y eso le generó a Craig cierto recelo. Lo envidió de inmediato. Leonard actuaba del modo en que a él le gustaría hacerlo, si se atreviera y confiara en su poder de atracción. Pese a sus impresiones no meditó mucho tiempo sobre ello y se esforzó en imitar a Leonard, hablándole a la otra mujer disponible para invitarle un trago. Ambas parecían haberse puesto de acuerdo de antemano, asegurando que preferían un vaso de soda. Leonard y Craig compartieron una mirada igualmente cómplice antes de encogerse de hombros, aceptando la petición de ellas. Cuando llegaron las sodas, la rubia alzó su lata para pronunciar una cortés declaración:

—¡Salud, caballeros! Gracias por la invitación.

—¡Salud, nena! —correspondió Leonard—. Brindemos porque la noche sea larga y provechosa para todos.

—¡Brindo por eso! —apoyó Craig levantando su tarro y luego bebiendo casi la totalidad de su contenido—. Esperemos que sea la primera de muchas sodas que les invitaremos. ¿Tienen otros planes para esta noche?

Ante la interpelación de Craig, las mujeres lucieron indecisas antes de dar la respuesta afirmativa que sus anfitriones esperaban. Sin embargo, parecían intrigadas por los uniformes que llevaban ellos, por lo que no deseaban poner ninguna excusa para irse sin antes confirmar si estos eran los buenos partidos que supusieron. Al contemplarlas, Leonard rio para sus adentros, percatándose enseguida de que eran la clase de mujeres que inocentemente esperaban conquistar un pretendiente «valioso» en un lugar tan poco improbable para conseguirlo.

—No las incomodes, Craig —zanjó Leonard antes de que respondieran—. Si quieren acompañarnos, nos acompañarán. Pero a lo mejor prefieren quedarse en este *pub* tomando soda hasta que deban regresar temprano a sus casas. No las culpo. Parece que no hay muchas alternativas para distraerse en esta ciudad.

—¿Y quién dice que debemos regresar temprano? —objetó la rubia ligeramente desafiante—. Por ahora nos sentimos a gusto estando acá, pero si proponen un mejor plan lo someteremos a consideración y quizá aceptemos. En todo caso, nos gustaría conocerlos mejor. Quiénes son y qué hacen en un *pub* de Londres vestidos con uniforme. ¿Son soldados?

—Algo así —concedió Leonard a medias—. Estamos de permiso.

—Solo unos pocos días —añadió Craig—. Nos propusimos hacer un *tour* por los mejores *pubs* de Londres y apenas vamos por el tercero. Queríamos seguir explorando.

—Entonces, ¿no son de acá? —inquirió la castaña—. Hay muchos bares buenos en Londres, pero este es nuestro favorito. No sé si consigan otro mejor.

—Venimos del campo —respondió Craig—. De distintos campos, en todo caso. Yo he venido antes a Londres porque vivía en las cercanías, pero no me había quedado mucho tiempo. Nuestro amigo acá presente viene de Edimburgo. Así que es un auténtico escocés: apto para la bebida y bueno para nada. Aquí nos conocimos. Leonard y yo nos alistamos recientemente. Formamos parte de un programa secreto de gran importancia para el futuro del continente.

—Guárdate los alardes —interrumpió Leonard antes de que su compañero cometiera la imprudencia de revelar información confidencial motivado por los efectos de su borrachera y su deseo de impresionar—. Digamos que estamos de paso antes de que nos manden a llamar. Queremos disfrutar la ciudad tanto como sea posible. Especialmente yo, que no he tenido oportunidades anteriores de explorarla. Si nos notan algo ansiosos es por eso. En mi caso la conocí por primera vez cuando me mandaron a llamar después de alistarme. Solo hasta ahora he podido recorrerla, pero quizá me hace falta un mejor guía para apreciarla como es debido.

Craig receló el hecho de que Leonard lo interrumpiera, aunque comprendió que lo salvó de cometer un error garrafal. Sin embargo, le sorprendía sobremanera la naturalidad con que dominaba la conversación y la elocuencia con la que se expresaba, tan distinto del hombre de comportamiento hosco y poco comunicativo que conoció dentro del cuartel.

—Me atraen muchos los escoceses —aseguró la rubia—. Yo nunca he conocido Edimburgo, por ejemplo. Aunque me gustaría tener la oportunidad de visitarla. ¿Cómo fue tu vida allá?

Un pensamiento oscuro pasó por la mente de Leonard. Los recuerdos de su vida en el campo no parecían tan lejanos, a pesar de la distancia geográfica y el afortunado hecho de que ahora estuviera en una ciudad como Londres.

No quería recordar nada relacionado con aquella vida. El campo le recordaba a una infancia llena de carencia y maltratos, a trabajo duro con escasas recompensas, así como a un rudo proceso de crecimiento antes de verse forzado a volverse adulto precozmente. Esos amargos recuerdos pertenecían a un pasado que intentaba olvidar. A pesar de sus intentos por concentrarse en el presente, siempre ocurría algo que lo traía de regreso al pasado del cual con desesperación intentaba huir.

Craig notó enseguida que algo no estaba bien con Leonard porque había bajado la mirada y fruncía el ceño retomando su natural ensimismamiento. Siendo evidente que no respondería y el silencio se iba a volver excesivamente pesado e incómodo para todos, esta vez le correspondía su turno de salvar la conversación, a pesar de su falta de talento en estos casos.

—Es una vida aburrida y repetitiva —declaró Craig—. Nada que pudiera interesarle a unas mujeres de la ciudad como ustedes. No hay mucho que contar sobre el pasado cuando estamos ante un presente prometedor. Más bien nos gustaría que nos hablaran sobre Londres. Queremos conocer mejor la ciudad y todos los encantos que guarda para quienes nunca antes la han explorado.

—Nosotros no somos guías expertas —repuso la castaña, sintiéndose mucho más atraída por Craig al ver que se mostraba más resuelto a la hora de hablar—. Aun así, no nos molestaría hacer el intento de servirles como tal.

Paulatinamente, Leonard recuperó la compostura y volvió a centrar su atención en la rubia. Esta le correspondía sus miradas con una expresión de anhelo en los ojos, temiendo que el hecho de haber perdido su atención significara desinterés de su parte. Contrario a los temores de ella ante su prolongado silencio, Leonard tuvo deseos de hacerla suya.

—¿Pueden llevarnos a algún río o playa? —propuso Leonard—. Me gusta estar cerca de las corrientes de agua

cuando es de noche.

—No es mala idea —afirmó la rubia, compartiendo con su amiga otra mirada cargada de señales secretas—. ¿No les gustaría pasear alrededor del Támesis? No estamos tan lejos. Podríamos llegar caminando.

—Apoyo la propuesta —refrendó Craig mirando a Leonard, expectante a que manifestara su conformidad con el plan—. ¿Qué te parece, Leonard? ¿Nos damos una vuelta por el Támesis con estas señoritas? Creo que mejores guías no podremos conseguir.

Ellas rieron las gracias de Craig, para satisfacción suya, poco acostumbrado a despertar simpatías entre las mujeres que le gustaban. Leonard se mantuvo en silencio. De nuevo su rostro era impenetrable a la hora de intentar descifrar algún significado. Craig se ponía nervioso ante esta actitud y miraba de un lado a otro, temiendo que las mujeres acabaran yéndose por culpa de la rara actitud de Leonard. Este parecía indiferente al hecho de que esperaban por su respuesta para corroborar la decisión a la cual habían llegado. Lentamente sorbió el contenido de su cerveza y cuando la acabó se secó los labios con el dorso del brazo para responder:

—¿Qué estamos esperando, pues? Vayamos al Támesis de una vez por todas.

Capítulo 1

Craig se mostraba rebosante de energía y felicidad, como si fuera un niño que tras recuperarse de una larga enfermedad finalmente tiene permiso para salir al exterior a jugar junto con sus amigos. El alcohol era uno de sus puntos débiles porque lo desinhibía de sus autocensuras, dándole el impulso para actuar y decir lo que pasara por su mente sin ningún tipo de reparos. También representaba un peligro para revelar aspectos de su interior que él prefería ignorar en sus momentos de lucidez. Como el ambiente era agradable no había ocasión para disgustarse y aflorar un comportamiento violento de su parte. En lugar de ello se concentraba en seducir a su acompañante, la cual acabó por ceder a sus torpes encantos. Para suerte de Craig, ella se permitió corresponder a sus intentos de ir más lejos. Cuando llegaron al Támesis ambos se tumbaron en un montículo para besarse y reír a carcajadas.

Entretanto, Leonard y la rubia caminaban por la ribera, dejando atrás a sus respectivos amigos hasta alejarse lo suficiente para no estar al alcance de sus miradas, aunque continuaban escuchándolos. En un momento dado por fin se detuvieron y Leonard colocó su mano alrededor de la cintura de ella, poniéndose en frente.

—Tienes una excelente figura —alabó Leonard apretándola ligeramente y midiéndola con su mirada cargada de deseo—. ¿Acaso eres una modelo? Debí suponerlo.

—No, solo soy una recepcionista —respondió ella bajando la mirada apenada de reconocer su estatus vulgar—.

Aunque agradezco el cumplido. Me gustan tus manos y su tacto. Son fuertes.

Haciendo gala de ellas, Leonard las apretó en torno a la cintura de su acompañante. Deseaba besarla, pero al mismo tiempo quería seguir explorando el lugar. Si comenzaban a besarse entonces tardarían en separarse para continuar avanzando. El río se le antojó mucho más impresionante de lo que imaginaba y quería continuar antes de dar pie a un avance sexual. Probablemente Craig y su pareja no tenían ánimos de seguir el recorrido. A lo lejos pudo divisarlos, notando que estaban fundidos en un largo abrazo. Al enfrentar la mirada de la rubia reconoció una expresión anhelante de deseo, comprendió que ella también quería imitarlos. Le gustaba comprobar esa expresión en las mujeres y alargarla tanto como fuera posible, sin darles lo que tanto ansiaban, sobre todo cuando nunca se atrevían a pedirlo en voz alta. Incluso aunque él también lo deseara, y sí que lo deseaba enormemente, le resultaba mucho más excitante comprobar el límite de frustración de una mujer ante su propio deseo. Mientras más intentaba disimularlo, con mayor evidencia se le veía expectante. Para Leonard esto significaba una forma de torturarla, lo cual le excitaba en buena medida porque era una demostración de quién tenía el control sobre sus instintos.

Leonard acercó lentamente su rostro al de ella, saboreando la ansiedad en el suyo, dándole a entender que la besaría tal como quería. Ella echó atrás su cabeza y cerró los ojos. A Leonard le atrajo la piel blanca de su cuello largo. Con sus dedos acarició el dorso de su piel y, en lugar de besarla en los labios como ella probablemente esperaba, acercó su boca al cuello para rozarlo con sus labios. Al besarla en el punto intermedio entre el cuello y la clavícula ella sintió cómo su cuerpo se estremecía en respuesta a ese contacto. Leonard apartó su rostro para constatar el placer reflejado en ella. Un pensamiento oscuro cruzó su cabeza y sus manos se dejaron llevar por ese impulso, ciñéndose en

torno a su cuello y apretando ligeramente como si meditara la mejor manera de estrangularla. Cuando ella abrió los ojos se sintió observada por la mirada más fría y letal que nunca antes vio en otro ser humano. Por un instante creyó leer los pensamientos que animaban esa mirada bestial. Un escalofrío recorrió su cuerpo. Ahora solo quería zafarse de esas manos que la aprisionaban y estuvo a punto de hacerlo para expresar su incomodidad, pero la escena fue interrumpida de inmediato cuando escucharon un grito cerca de ellos. Como reacción natural se apartaron enseguida el uno del otro para comprobar lo que sucedía.

La escena resultaba confusa y tardaron en asimilar lo que pasaba. Se trataba de la acompañante de Craig, quien parecía molesta reclamando algo. Cuando Leonard y la rubia llegaron a su encuentro lograron comprender a qué se debía la discusión entre ellos. Nada grave para alivio de la rubia, quien todavía se sentía sobresaltada por la forma en que Leonard la asustó.

—Esa pulsera me la regaló mi abuela —lamentó la mujer—. Necesito encontrarla. Tiene un inmenso valor sentimental para mí. Debe haberse caído cerca. Por favor, ayúdenme a encontrarla.

—¿Estás segura de que llevabas una pulsera? —preguntó Craig, visiblemente resentido ante el hecho de que su intento de acostarse con ella hubiera resultado fallido por una razón estúpida—. No recuerdo haber visto que la llevaras.

—¿Por qué estaría mintiendo? —dijo la mujer sollozando, mientras gateaba en el suelo intentando dar con la prenda—. Ayúdame a buscarla. ¿O acaso estás demasiado borracho? No tenías que ser tan brusco.

Aparentemente, en medio del contacto que estaba teniendo Craig con ella ocurrió lo que la chica tanto lamentaba: su pulsera rodó fuera de su muñeca hasta extraviarse. Al ser interpelado de esta forma, Craig veía cómo su expe-